



Antígona

Antígona

Texto: María Zambrano
Fotografía: Ainhoa Güemes

Yo no sé qué va a ser de mí, pero bien cierta estoy de que no es esa la escala de mi ascensión y de que nadie, ninguno de los que están ahí arriba, ni de los que por aquí han venido, ávidos de seguir viviendo, me pueden resucitar, si es que al fin muero, o llevarme hacia la luz, esa que nunca he visto, pero que siento aún me voy volviendo ciega.



Oh Sol: estás todavía aquí como un reproche, como remordimiento que se arrastra, como una insidia. Ya sé que te veo por última vez, Sol de la Tierra, y que cuando te vayas, mis ojos, estos de la tierra, dejarán de ver, pues que no se abrieron solos, tú los abriste como una herida. Esa herida de luz en el rostro de los mortales. Sé que yéndote tú, Sol, se cerrarán estas llagas.



Y yo me quedaré aquí como una lámpara que se enciende en la oscuridad. Tendría que ir todavía más abajo y hundirme hasta el centro mismo de las tinieblas, que muchas han de ser, para encenderme dentro de ellas. Pues que sólo me fío de esa luz que se enciende dentro de lo más oscuro y hace de ello un corazón. Allí donde nunca llegó la luz del Sol que nos alumbraba. Sí, una luz sin ocaso en el centro de la eterna noche.





Aún luces, aún me hieres con tu reverberar; estoy todavía viva: veo, respiro y toco y, como nadie me llama, no sé si podría ir. Pues que, si el del poder hubiera bajado aquí de otro modo, como únicamente debía haberse atrevido a venir, con la Ley Nueva, y aquí mismo hubiese reducido a cenizas la vieja ley, entonces sí, yo habría salido con él, a su lado, llevando la Ley Nueva en alto sobre mi cabeza. Entonces, sí. Pero él ni lo soñó siquiera, ni nadie allá arriba lo sueña.



Con sólo que él lo hubiera soñado, me tendría al lado suyo para vigilar su sueño, para alimentarlo. Porque un sueño así consume y se consume, si no lo cuidan. La vida está iluminada tan sólo por esos sueños como lámparas que alumbran desde adentro, que guían los pasos del ser humano, siempre errante sobre la Tierra. Como yo, en el exilio todos sin darse cuenta, fundando una ciudad y otra. Ninguna ciudad ha nacido como un árbol. Todas han sido fundadas un día por alguien que viene de lejos.



En nuestra casa crecemos como las plantas, como los árboles; nuestra niñez está allí, no se ha ido, pero se olvida. En nuestra casa, en nuestro jardín, no necesitamos tenerlo todo presente todo el día, y nuestra alma toda en vilo, en vilo todo nuestro ser. No. En ella olvidamos, nos olvidamos. La patria, la casa propia es ante todo el lugar donde se puede olvidar.



Porque no se pierde lo que se ha depositado en un rincón. Y basta con que un día brille la claridad de una cierta manera para que algo que parecía para siempre borrado se presente, como saliendo del mar, purificado y pleno de vida. Y si es un pesar, se encuentra alivio, dejándolo en algún lugar apartado para ir a buscarlo cuando se tenga alma para soportarlo.



Porque los silencios de la casa y el rumor, ese zumbido de abejas que van y vienen, purifica y acompaña. Y ese tiempo inacabable y renaciente, como el Mar. Así es la Patria, Mar que recoge el río de la muchedumbre. Esa muchedumbre en la que uno va sin marcharse, sin perderse, el Pueblo, andando al mismo paso con los vivos, con los muertos.



Y al salirse de ese mar, de ese río, sólo entre cielo y tierra, hay que recogerse a sí mismo y cargar con el propio peso; hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre.



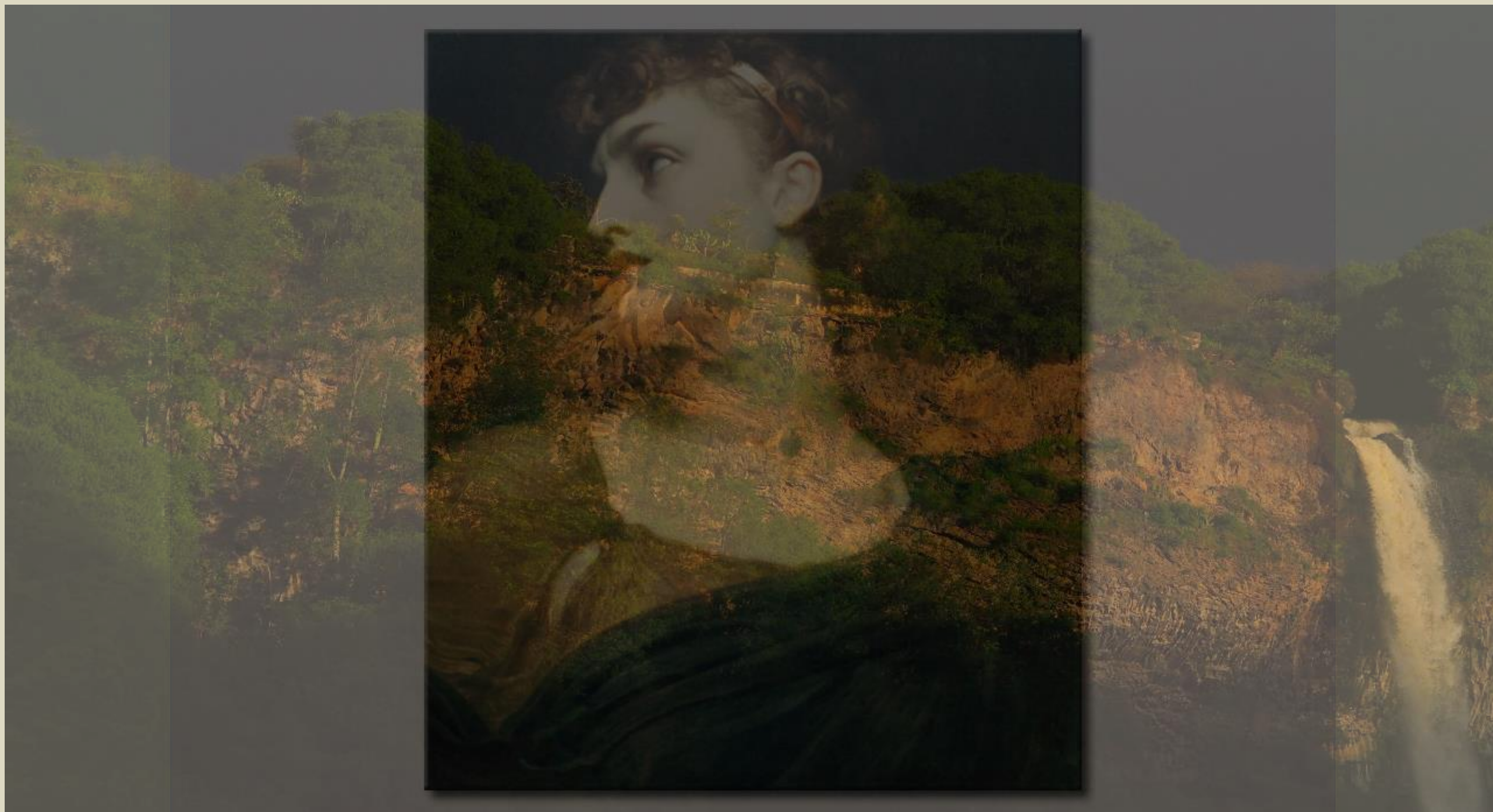
No hay que arrastrar el pasado, ni el ahora; el día que acaba de pasar hay que llevarlo hacia arriba, juntarlo con todos los demás, sostenerlo.



Hay que subir siempre.



Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto. Esa cuesta que sube siempre y, por ancho que sea el espacio a la vista, es siempre estrecha. Y hay que mirar, claro, a todas partes, atender a todo como un centinela en el último confín de la tierra conocida. Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para ir uno, uno mismo haciéndose pedazos.



Una noche clara y sin estrellas, apareció una, una sola estrella en la bóveda del cielo, en medio. Entonces por primera vez vi un astro, ese Astro que el sol, la luna y las estrellas todas reflejan y encubren, el Astro al que todas las luces remiten, el Astro solo. Y después apareció como naciendo, reluciente y pálida, la Estrella de la mañana, la mía. Pues que ni el Sol ni la Luna me han guiado apenas; sólo la Estrella. Y ahora está ahí, aquí. La puerta se quedó abierta para que entrara hasta aquí. Ahora esta mi tumba ya está en medio del cielo y de la tierra.



Sin cerrar los ojos, la siento sobre mí, en mí, en medio del cielo y de la tierra señoreando la noche del mundo. Dondequiera que esté, ella es el centro; lo hace sentir y ver, lo establece. Y cerrando los ojos, la veo aún con mayor vida. Un rayo de vida que consume mis vidas todas: la vida que cayó sobre mí, la que surgía cuando me dejaban sola; las vidas que me tendían como una cinta, como un hilo...



...pero luego se me desvanecía la imagen. Y la vida prometida se me volvía a aparecer sin nombre y sin figura alguna, como un espacio claro. Como un horizonte y como una tierra diferente sin huellas de humanas plantas. La soñaba y entonces la veía. Desierta la sentía, como una llamada que me hacía ir obstinadamente hacia un punto invisible, por senderos que no llevan a ninguna parte...



Ahora sí, ha de ser la hora ya. Ahora que está aquí la estrella.

